



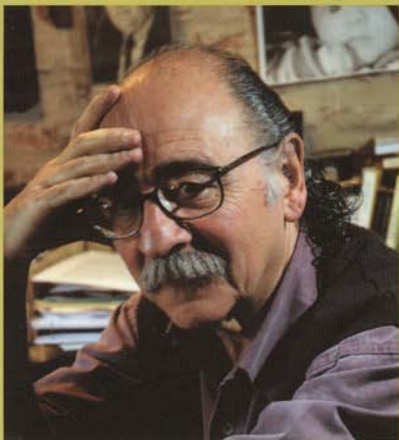
Rodolfo Braceli

Escritores descalzos

Hacia una poética del reportaje. Encuentros con García Márquez / Castillo
Norah / Borges / Belgrano Rawson / Bellessi / Peña / Woody / Bradbury



CAPITAL INTELECTUAL



Rodolfo Braceli nació en Luján de Cuyo, Mendoza. Desde 1970 vive y trabaja en Buenos Aires (entre 1975 y 1980 estuvo impedido de hacerlo en medios argentinos). Como poeta, narrador, ensayista, dramaturgo y periodista publicó más de veinte libros, algunos traducidos al inglés, francés, italiano y polaco. El primero, *Pautas eneras*, fue prohibido y quemado en Mendoza en 1962 por decisión del gobierno de facto.

Algunos de sus títulos: *El último padre*; *Don Borges, saque su cuchillo porque he venido a matarlo*; *La misa humana*; *Caras, caritas y caretas*; *Argentinos en la cornisa*; *De fútbol somos*; *Y ahora la resucitada de la violenta Violeta* (Premio Municipal de Teatro 1990-1991); *Vincent, te espero desnuda al final del libro*; *Perfume de gol* y las biografías de Julio Bocca y Mercedes Sosa.

Para cine escribió y dirigió el mediometraje *Nicolino Intocable Locche*. Sus reportajes latinoamericanos se tradujeron a nueve idiomas y se publicaron en veintitrés países. En 1996 obtuvo el premio Pléyade a la Mejor Nota del Año por su entrevista a Gabriel García Márquez. Desde 2001 dicta su seminario "Periodismo y Literatura / Secretos de profesión" en universidades y escuelas de Comunicación Social.

rbraceli@arnet.com.ar

www.rodolfobraceli.com.ar

Escritores descalzos

Rodolfo Braceli

„



CAPITAL INTELECTUAL

• Índice •

Prefacio: Hacia el descalzo	
<i>(Azares conversados / ConversAcciones)</i>	9
1 Gabriel García Márquez	19
2 Norah Borges	47
3 Abelardo Castillo	61
4 Fernando Peña	79
5 Woody Allen	91
6 Diana Bellessi	101
7 Eduardo Belgrano Rawson	123
8 Ray Bradbury	141
9 Jorge Luis Borges	159
Posfacio: Hacia una poética del reportaje	187

• Prefacio •

Hacia el descalzo

(Azares conversados / ConversAcciones)

Escritores descalzos, aviso desde el título del libro. Pero ¿qué quiero decir con *descalzos*? ¿Me refiero a los marginados, a los traspapelados, a los que no pudieron subirse al colectivo del marketing? No, ninguno de los aquí convocados se quedó de a pie en ese sentido.

Descalzos. Descalzos venimos. Descalzos –aunque nos calcen, da lo mismo– nos vamos de este pestañeo absurdo y prodigioso hacia otro, nuevo, silencio. Se me cruza una pregunta que no viene al caso pero que no dejo pasar: el cosmos, de cuajo en su ilimitada totalidad, ¿no será también un pestañeo?

Digo *descalzo* porque el hombre descalzo esencialmente es un hombre desnudo: el ascenso de la persona al ser. Un ser desnudo está a disposición del milagro, es decir, del nacimiento. Porque se nace cuando se nace y se nace tanto después, cuando nos damos cuenta de que tenemos pulso.

Por aquí vamos, entonces, hacia este escritor. Éste, ¿cuál? El que tiene el coraje de bajar la guardia y desnudar sus costados menos calculados. (Qué coraje hay que tener para tener ese coraje.)

Se me cruza una imagen y tampoco la quiero dejar pasar: Un humano está ahí, ahora, y descalzo. A través del pulso de sus pies atraviesa la Tierra de lado a lado, de costado a costado, desde su arriba a

su abajo. En eje, del otro lado, otro humano está también, ahí, ahora, descalzo. Es, sucede, la comunicación absoluta. Es, sucede, el milagro, el mejor. Es, sucede, el amor, aunque ni uno ni otro lo/se sepan.

El *descalzo* es el escritor en su tinta. Pero la *tinta* de un escritor no es sólo la tinta de su tintero, de su teclado. Es, además, todo eso que lo envuelve como una red y lo apresa y/o contiene y está más allá y más acá de su biblioteca, de sus apuntes, de sus tortuosos borradores, de los laberintos de gestación, de sus hábitos y manías y mañas a la hora de afrontar el desafío de la página en blanco o de la página que rebasa. La *tinta* de un escritor también se nutre con olores, con comidas, con el ritmo de los vinos, con los ruidos del vecindario, con sus miedos, con su red de pequeñas supersticiones. Existe una trascendencia imperceptible en esos sucesos aparentemente menudos que le tejen los días, las noches, las siestas.

Al descubrimiento y rescate de esa otra *tinta*, tantas veces desdeñada por la academia y por los eruditos de siempre, fui en cada uno de los encuentros con los nueve personajes de este libro: Jorge Luis Borges, Norah Borges, Diana Bellessi, Abelardo Castillo, Eduardo Belgrano Rawson, Fernando Peña, Woody Allen, García Márquez y Ray Bradbury. Distintos y distantes, los elegí, entre decenas de entrevistados por eso: por distintos y distantes. Algo, bastante de misterio, hubo en el acto de decidirme por estos nombres y no por otros igualmente potentes y fascinantes.

En este racimo hay dos que podrían ser objetados en su condición de escritores: Fernando Peña y Norah Borges. ¿Y por qué los incluyo? Peña, porque antes y después de sus libros de ocasión, publicados para aprovechar el envión de su enorme popularidad, fue hacedor de personajes que se escribía en el cuerpo y escribía con su cuerpo. Su escritura era encarnación. A Norah Borges, pintora singular, no se le conocen libros. Se sabe, por confesión de Jorge Luis, que cuando “ensayó la litografía, escribía poemas, pero los destruyó para no usurpar lo que ella juzgaba mi territorio”. Escritora inmolada, en todo caso. Pero no está aquí por ese tremendo renunciamiento, sino porque a

los 95 años de su edad, desde su invicto candor, durante dos mañanas me contó cómo era el famoso Borges en su otra *tinta*, la del ámbito de la niñez, adolescencia y juventud. Con su relato rescató el clima que respiraba aquel Borges brotando a la literatura. Sabemos bastante de Georgie. Norah nos reveló a Georgino.

La literatura, ¿sólo por y desde la literatura?

Cuando se trata de entrevistas a escritores, imposible escaparle a la referencia de *The Paris Review*. “Son el modelo del reportaje literario moderno”, selló el *Time*. No exageró. Pero sin negar el gran modelo, desde que entrevisté por primera vez a Borges (1965), sentí, muy fuerte, la necesidad de ir hacia los escritores por otros costados. Me explico: en *The Paris Review* el permanente asunto es el alumbramiento de la gestación literaria: comienzos, influencias, apetencias, rutinas de creación, vínculos y convivencias con los personajes. Es decir: el análisis de la literatura por y desde la literatura. Todo esto a través de una batería de preguntas previamente pautadas que reaparecen en cada caso.

Dicho sea: lo mejor de esas charlas muchas veces se produjo cuando los periodistas se apartaban del modelo y se soltaban al azar de una conversación aparentemente intrascendente, menos interesada en el asunto literario.

Cuestión de ángulos. Soy del parecer que los escritores, como otros personajes, se revelan más cuando se salen o son sacados del comentario o la discusión de su oficio, cuando se apartan del comentario referido a su teoría y su carpintería, cuando dejan de reflexionar sobre literatura propia o ajena. Por ejemplo Cèline: confiesa que en su vida de extrema pobreza caminó mucho: “Siempre me dolían los pies. Siempre me han dolido los pies. (...) Nuestros zapatos eran demasiado chicos, y nosotros crecíamos”.

Ésta es la punta del hilo que siempre me atrajo: alumbrar el fenómeno literario hablando lo menos posible de literatura. Porque tantas veces detalles aparentemente menudos descubren, delatan a los auto-

res y, entonces, facilitan la comprensión y conocimiento vivencial de cuentos y novelas y poemas.

El escritor nos entrega una serie de personajes por él imaginados, digitados, perfilados. Pero él, en sí mismo, también es personaje de esta sucesiva novela colectiva, que se enhebra en las venitas del aire desde mucho antes de Adán y Eva y que respiraremos hasta vaya a saber... Novela de la que todos formamos parte y que todos, sin querer o queriendo, escribimos ciegamente. Todos ¿quiénes? Todos los que andamos por aquí, todos los que aprendimos a respirar.

Entonces, conversación mediante, trato de buscar, de rastrear ese personaje oculto y latente que habita en el propio escritor. Rebelarlo y revelarlo.

Lo superfluo, ¿es superfluo?

Luis Chitarroni, en su prólogo a los reportajes de *The Paris Review*, menciona el ejemplo de Faulkner para señalar a uno de los notables “a quien le parece superfluo que el lector averigüe pormenores de la vida privada de un escritor”. Mete el dedo en la llaga Chitarroni y eyecta un flor de tema para discutir. ¿El conocimiento de lo personal, es realmente superfluo a la hora de leer y comprender a un escritor? Faulkner, a la pregunta de Jean Stein sobre si la individualidad del escritor es importante, responde con vehemencia y no disimula el fastidio: “Es muy importante para él mismo: Todos los demás deberían estar demasiado ocupados con la obra como para preocuparse de esa individualidad. (...) El artista no tiene importancia”, subraya.

Don Faulkner, quién sabe si no.

Cuestión de apetencias y de criterios. Reportaje mediante –perdón, Faulkner–, mi propuesta apunta a la redención de lo superfluo. Ahí puede haber, oculto, traspapelado, un arsenal de semillas iluminadoras para el conocimiento del escritor y su obra. Por otros costados.

Pienso, y siento, que los escritores, como tales, se alumbran más hondo, más intensamente, cuando se consigue apartarlos de la obsesión de su oficio por un rato. Por eso prefiero aventurar otros sen-

deros. Con sus maneras de contarse, los escritores nos secretean su estarse en el cotidiano, que al fin de cuentas es el polen desde el que fermentan y fraguan sus escrituras.

Mi mirada por el ojo de la cerradura es una propuesta que alcanza no sólo al entrevistado sino además al entrevistador. El escritor suelta hilos de su pasado o de su cotidianeidad, espionado y espíandose. El periodista espía y se espía.

Con mis entrevistas-reportajes (entrevistas en cuanto a diálogo y reportajes en cuanto a observación) me aventuro a algo que, pienso, trasciende a la pregunta y a la respuesta. Creo que, llegado el caso, uno puede y debe conversar de igual a igual, con naturalidad. Y esa naturalidad incluye que uno, el periodista, también se cuente y se entregue. (En el *Posfacio* reflexionaré sobre la naturaleza de esta suerte de *trueque* y otras cuestiones del oficio.)

Por supuesto, este interés hay que diferenciarlo del frecuente morbo de la alcahuetería. En mis entrevistas no voy por la mera anécdota sino por el modo en que el personaje la cuenta.

Pero además voy con un interrogante-eje, que no explícito, pero que es madre de todas las preguntas. ¿En qué consiste *ser* Borges, o *ser* García Márquez, o *ser* Castillo, o *ser* Belgrano Rawson, o *ser* Peña, o *ser* Allen, o *ser* Bellessi, o *ser* Bradbury, o *ser* Norah Borges?

El distanciamiento, ¿siempre?

Se vaya por el costado que se vaya la cuestión es que el personaje se cuente sin darse cuenta. Esto empieza a brotar cuando el *interrogatorio* se convierte en *conversación*, por así decir, desinteresada. Es un permiso que no todos los entrevistadores de *Paris Review* se permiten. Conversando se llega más lejos, más hondo, que interrogando.

El camino no tiene por qué ser uno solo. En mi caso es evidente —y no trato de amortiguarlo con disimulo—: la presencia del “yo periodista” no está para nada reducida al acto y contenido de la pregunta misma. Ese mandamiento supremo que impone el distanciamiento, la desaparición del entrevistador, lo profano a voluntad. No es que lo

haya perdido, con frecuencia lo anulo a sabiendas. Esto –cuyas razones también desmenuzaré en el *Posfacio*– no responde a una claudicación de la pura vanidad sino a una necesidad en función de una metodología. No es claudicación, es elección. Entiendo que debemos atenernos a los respetables manuales, siempre y cuando éstos no nos condicionen en la búsqueda del personaje, del “en qué consiste ser Fulano de Tal”.

Para la naturaleza de diálogo que persigo el distanciamiento deja de ser una razonable norma y se convierte en un impedimento. Ocurre que en el reportaje-entrevista, excepcionalmente, se produce la coincidencia de dos *descalzos*, el entrevistado y el entrevistador en ese misterioso hilo de la comunicación absoluta.

Ante esta afirmación ya imagino un *porqué* airado. Respondo: porque con la entrega del entrevistador es posible conseguir otra clase de entrega del entrevistado.

Estoy hablando de una presencia del periodista que vale en cuanto es genuina: una presencia-entrega no como fácil tentación vanidosa, sino como posible herramienta de conocimiento, como peaje para llegar al personaje por otros accesos.

Otra vez escucho voces fastidiadas: “¡Pero esto no es periodismo!”

Calma, pongamos que no lo es.

¿Acaso me ilusiono con que esto es literatura?

Calma, pongamos, que no lo es.

Sencillamente: éstas son conversaciones gobernadas, y desgobernadas, por el siempre prodigioso azar. A veces voy a ellas hasta con objetos, con elementos materiales que exceden a la despojada pregunta en procura de respuesta. Conversaciones por momentos con alguna acción. ConversAcciones.

Después, detrás, debajo

A propósito del epílogo con el que cierro cada uno de estos encuentros, ¿qué significa, qué función cumple en la entrevista entendida como organismo? En varios de mis libros de entrevistas utilicé como broche final el recurso de las posdatas. En ellas tejí una suerte de

poemas con hebras entresacadas del decir del personaje. En este libro retomé ese recurso y decidí agudizarlo con unas vueltitas de tuerca: el *después*, tiene que ver con el concepto de posdata; el *detrás*, con el detrás de la escena; y el *debajo* con esa vena subcutánea, que pulsa subterránea y que es ¿poesía escondida?, infiltrada inconscientemente en el decir de todo ser humano. De todos.

Así es: pienso que, del decir de todo bicho o bicha que camine, si alertamos el corazón de nuestra oreja, podemos extraer esas hebras. Hebras que brotan espontáneas en el devenir de la conversación. Su rescate y tejido puede ser una aproximación inesperada a la inherente poesía que sucede en el tránsito del prodigioso azar de la conversa. Y que nos lleva de la persona al ser.

Poesía adentro

Cuando hablo de poesía en el reportaje no hablo de ella como tema o adorno, mucho menos como vocabulario poético, bonito. No, eso sería lo contrario de poesía. Como el maquillaje es lo contrario del semblante.

¿Y qué vínculo puede haber entre un reportaje/entrevista y la poesía?

La poesía como tensión a veces asoma en una situación o en el relámpago de una frase. Y no importa que el personaje sea escritor. Todo reportaje esconde estos relámpagos esenciales que están en los intersticios del diálogo. Se trata de cazar esos instantes, preciosos como perlas.

¿Qué buscamos con cada entrevistado? Claro, saber qué opina de esto y de aquello, pero sobre todo saber *cómo* opina.

Aunque no es todo. Apelando a una expresión de Heidegger, buscamos ciegamente algo imposible de hallar, pero que hay que buscar: “Lo esencial de la esencia”.

Hölderlin, citado por Heidegger, considera a la poesía “la más inocente de todas las ocupaciones”. Entiendo *inocencia* no como *ingenuidad* sino como *candor*. Pues bien: sin esa inocencia no se puede avanzar hondo en la aventura del reportaje. Sin esa llavecita. Sin estar a disposición del milagro. Del relámpago. El mismo Hölderlin alumbró

una clave que podemos trasladar al reportaje cuando escribe: “Desde que somos un diálogo y podemos oír unos de otros”.

Sí, no sólo de carne y de fútbol, de diálogo somos. Ese diálogo encuentra plenitud cuando el interrogatorio cede a la conversación. Y sigue Martín pescador, Martín Heidegger, por su cuenta: “Desde que los dioses nos llevan al diálogo, desde que el tiempo es tiempo, el fundamento de nuestra existencia es un diálogo...”

Preguntémosnos con él: “¿Cómo empieza este diálogo que nosotros somos? (...) ¿Quién capta en el tiempo que se desgarran algo permanente y lo detiene en una palabra?”

Creo que el reportaje responde, a veces, con su actitud, a esas preguntas. “Lo sencillo debe arrancarse de lo complicado”. Sí, porque en el modo con que toma su plato de sopa el gran escritor ya estamos viendo su manera de estar y escribir el mundo.

Para concluir, me atrevo a esta opinión: si no hay poesía en la napa subcutánea del reportaje, ese reportaje tiene los latidos contados. Se termina cuando se termina, con su última palabra.

Senderos, otros senderos,

sabiendo que ninguno puede agotar enteramente el acceso al conocimiento del entrevistado. Lo que aquí propongo es uno diferente: acceder, en este caso al escritor, hablando ocasionalmente de literatura, más que nada para entibiar el diálogo. Se trata de ver en qué medida e intensidad lo aparentemente superfluo se convierte en el polen de la criatura creadora.

Todo camino alguna vez fue sendero y el sendero, antes, huella.

En este agujero con forma de mapa que insistimos en pisar, estamos siempre al borde de caer en la tentación y convertirnos en güevones estelares. Presumimos de semidioses y no somos ni un cuarto, ni una esquirla de dios. Aquí hay –¿será por lo de los cuatro climas?– demasiada facilidad para mutar en pavo real. No está de más recordar y, claro, recordarme, que ser argentino no es nada del otro mundo, es algo que le puede pasar a cualquiera. Y que ser periodista, tampoco es algo del otro

mundo; le puede pasar a cualquiera. Para bien, o para el mal, o para ni nada.

En resumidas cuentas: esto que propongo es apenas un puñadito de experiencias asimiladas tantas veces sin darme cuenta, cometiendo reportaje a reportaje, entusiasmo tras entusiasmo. Felizmente uno no escarmienta. Hacer reportajes es tan apasionante como vivir.

Somos como criaturas detrás del presunto cachito de verdad total. ¿Qué puedo agregar, empujado por la renovada tentación de cada maestrillo con su librito? Poco y nada. En todo caso la pequeña certeza de que, de todos modos, los géneros (reportaje, entrevista, cuento, teatro, poesía) seguirán haciendo su vida. Entonces, nosotros, hagamos también la nuestra.

Si es posible, descalzos.

Escritores descalzos son los que tienen el coraje de bajar la guardia y desnudar sus costados menos calculados. Para Rodolfo Braceli, “los escritores se revelan más cuando se salen o son sacados del comentario o la discusión de su oficio, cuando se apartan del comentario referido a su teoría y su carpintería, cuando dejan de reflexionar sobre literatura propia o ajena”.

Para descalzarlos, el autor eligió a los nueve personajes de este libro por distintos y distantes: Gabriel García Márquez, Jorge Luis Borges, Norah Borges, Abelardo Castillo, Eduardo Belgrano Rawson, Diana Bellessi, Fernando Peña, Woody Allen y Ray Bradbury.

Estas charlas van por el antes y el después, por el detrás y por el debajo de la escritura. El autor las llama “Azares conversados / ConversAcciones”. Son increíbles, delatorias, poéticas, intensas, colmadas de olores, de comidas, de ruidos y supersticiones. Miedos, manías y sueños. Confesiones no confesadas, profundas hasta lo abismal. Aquí lo superfluo se redime y se vuelve linterna.

En el final, Braceli nos entrega un posfacio, “Hacia una poética del reportaje”, ideal para estudiantes de periodismo, jóvenes y no tan jóvenes periodistas, amantes del género y curiosos en general.



CAPITAL INTELECTUAL

ISBN 978-987-614-258-8



9 789876 142588